

Azar

Natalia Maya

Ese martes, Lucía salió de su oficina justo a tiempo para coger el metro que la llevaría hasta la estación de Ayurá, donde todas las noches tomaba un bus alimentador que la dejaba a dos cuadras de su casa. Eran las primeras semanas de noviembre y las lluvias no cesaban en toda la ciudad. El martes era el día que la ayuda tenía libre y debía regresar temprano si no quería encontrar un desastre, especialmente ahora, que su papá no estaba del todo bien. Esa mañana su jefe la volvió a llamar, otra vez su compañero se había ido a quejar. Qué mala suerte la mía, pensaba mientras le ponía cara inexpresiva a su jefe delante de su escritorio. Desde que su colega cambió de horario y les tocó coincidir, ya no tenía tiempo de asueto para dedicarse a lo que se le antojaba apremiante. La estaba vigilando, era evidente, o cómo más pudo su jefe enterarse de que, después de sus horas laborales, se quedaba hasta tarde trabajando en su tesis de la maestría. También estaba lo otro, lo de las botellas debajo del escritorio. Esa semana olvidó sacarlas. ¿Se sentiría el olor del asiento de las botellas o, tal vez, sería su aliento lo que la delató? No recordaba haber arrastrado la lengua cuando le hizo esa pregunta. Ella siempre caminaba así, un poco para los lados... Nooo, eso último no era cierto, se dijo, y le dio risa. Ese día se sentía muy cansada, aunque ese cansancio era el acumulado del fin de semana por las labores con su padre y, claro, por la situación con su compañero de oficina, que no dejaba de darle vueltas en la cabeza, lo odiaba. Esperaba que le tocara una silla en el metro para tener las manos libres y ponerse a leer *Juego de azar* de Sławomir Mrożek. En su hora de almuerzo había empezado un relato en el que aparecía esta frase: “Cualquier niño sabe por la televisión que en el mundo civilizado se cometen unos



Juliana Domínguez. *Serpiente* de la Serie *Edén*. Tinta y acrílico sobre papel pergamino perforado. 70 x 91 cm. 2016

crímenes extranjeros muy elegantes”. Entre el trabajo, la tesis y la enfermedad de su papá, le parecía que la vida no estaba siendo justa con ella y que ya no daba más.

Esa tarde, casi se pasa de estación por lo inmersa que estaba en lo que le dijo su jefe. Al punto que, cuando quedó un asiento libre delante de ella, en la mitad del recorrido, ni siquiera se percató. Qué manía fea la de poner quejas; eso no debe ser una manía, debe ser más bien un rasgo de la personalidad, pero de qué clase de personas, se preguntaba, mientras le daba vueltas en la cabeza. De lagartos, trepas, inseguros y envidiosos, se respondía. Solo hasta que se bajaba del metro y cogía su puesto en el alimentador, sentía un descanso por la cercanía de llegar a casa y, a la vez, aquella ansiedad que la invadía por lo poco que faltaba para sentarse al fin, frente a su computador, a esperar la videollamada de Roberto. Pegó la mejilla a la ventanilla una vez ocupó su asiento. Acto seguido, como lo hacía todos los días en ese momento del viaje, sacó las llaves de su bolso y se las metió al

bolsillo del pantalón, aunque aún faltaban más de diez manzanas de recorrido. Del otro lado del vidrio, donde apoyaba su rostro, bajaban, sin apuro, algunas gotas de lluvia.

Los edificios estaban en una loma no muy empinada. Era una urbanización de ladrillo a la vista y balcones color crema. Doce torres uniformes. Durante el verano, años atrás, bajaba todos los días a la piscina para ponerse morena, como le gustaba a Roberto. Pero eso pasó hace mucho, cuando su mamá todavía estaba viva y no tenía la menor idea de lo que le aguardaba. “Cuídame a Emilio”, le hizo prometer en su lecho de muerte. No se enteró en ese momento de que aquello sería una sentencia. Un yugo. Una mortaja. Una daga.

Desde que se abrió el ascensor ya se escuchaba el sonido del televisor en la habitación de su papá. Los audífonos que le pusieron meses atrás no le sirvieron para nada. Decía que escuchaba todos los ruidos a su alrededor, que lo aturdían las bocinas de los carros, los chillidos de los niños en el parque, los gritos de la vieja loca de la vecina... Escuchaba todo, menos la voz de la persona que le estaba hablando. Lucía se acercó hasta la puerta de la habitación y encontró a su padre dormido en la poltrona con el televisor encendido y el volumen a todo lo que daba. No entendía cómo lograba conciliar el sueño con semejante alboroto. Recordó la amonestación que le hicieron el mes pasado desde la administración: sus vecinos se quejaron porque no soportaban el ruido que venía desde su apartamento. Lucía se quedó contemplando un rato a su papá: ahora que tenía ochenta años, se veía tan apacible, tan indefenso. No siempre fue así; recordaba y se le venían pensamientos aciagos de su niñez, momentos dolorosos que prefería borrar para no atormentarse. Entró en la habitación y apagó el televisor. Su padre de inmediato se sobresaltó y abrió los ojos.

—¿Por qué me lo apaga mijita? No ve que estoy viendo el noticiero.

Eran casi las nueve, el noticiero se había acabado hacía más de una hora. Se fue para su habitación y descargó el bolso y dos carpetas que trajo de la oficina con la firme intención de trasnochar. No le rendía mucho últimamente y pensaba que en la casa podía compensar lo que no hacía en la oficina.

—¿Comiste algo?, le preguntó a su padre.

Del otro lado no se escuchó respuesta. Todavía se le olvidaba que Emilio no oía y que debía hablarle al oído en voz alta.

—No me grite mijita. Le respondía él, invariablemente, cuando se le acercaba a decirle algo.

En la cocina todo estaba revolcado, sobre el mesón encontró un reguero de leche. En el lavaplatos estaba un sartén con restos de comida quemados, tres platos con sobras y seis vasos sucios. Después se percató de que el reguero se esparcía por todo el mesón y también por el suelo.

¿Qué pasó aquí? Levantó la voz, pero no la escucharon. Se quedó de pie, abatida, mirando el desorden. Ahora me va a tocar limpiar y ya me va a llamar Roberto, pensó. Abrió la nevera para sacar hielo y la bolsa de leche cayó al suelo. Seguro Emilio la había dejado muy al borde de la puerta. Pegó otro grito; este, sin duda, lo escuchó su vecino del frente, y sin duda, su papá no. Esperó un momento para calmarse y se dirigió de nuevo a la habitación.

Encontró a Emilio de pie junto a la ventana del cuarto. Desde la puerta alcanzó a ver un zurullo debajo de la poltrona. Miró a su papá, pero no le dijo nada; avanzó hasta la poltrona para comprobar qué era aquello. Al pasar por su lado, notó que llevaba un pantalón distinto al que le había sacado en la mañana. A un lado de la poltrona vio otra torre de platos sucios, un pocillo y dos vasos, uno a medio llenar con el líquido ámbar que tomaba, según él, para

que se le hicieran menos largas las tardes. Se agachó para comprobar qué había debajo de la poltrona, y encontró el pantalón caqui que le dejó en la mañana, planchado y colgado en un gancho de la manija de la puerta. Lo sacó de allí y de inmediato sintió aquel olor. Estaba orinado. Miró a su papá con el pantalón en las manos. Él se dio la vuelta y volvió a encender el televisor.

—Mijita ve, ya que estás aquí, por qué no me cambias el canal que se me volvió a dañar. Aquello sucedía todas las noches y casi todos los días. Todo el tiempo. Cuando intentaba pasar el canal, obturaba otro botón y lo descuadraba. Se metía al menú o a los correos y nunca lograba salir de allí y sintonizar de nuevo el canal que estaba mirando.

—¿Qué dice ahí? Vamos a tener que cambiar de televisor hija, este no sirve. Ve, y ya que estás aquí, ayúdame a buscar las gafas que no las encuentro. Es que no veo, será que las dejé en el comedor.

Mientras se volvía a sentar en la poltrona, Lucía se fue al cuarto de baño para echar el pantalón en el cajón de la ropa sucia. Otra vez el olor nauseabundo y penetrante del amoníaco. La taza estaba a rebosar de aquel líquido amarillento demasiado oscuro. Su diatriba de todos los días otra vez no fue escuchada: la tapa no estaba subida y el asiento estaba mojado. En el suelo también había orines que se mezclaban con las pisadas de un zapato, dejando pequeños charcos negruzcos en el suelo y huellas que llegaban hasta el tapete de la habitación. Mientras limpiaba, pensó atormentada que se perdería la llamada de Roberto. Miró el reloj en la pared del cuarto y vio que iban a ser las nueve y media. Tiró el pantalón en la canasta y se fue apurada hasta el computador a prender la cámara. Faltaban apenas pocos minutos para que entrara la llamada. Se miró en el espejo de su habitación y se pasó una brocha con polvo por la cara para ocultar el brillo.

Se pintó los labios y después se los secó en un trozo de papel para que no se vieran muy brillantes, para que no se notara que se acababa de retocar.

A las nueve y treinta y uno se sentó al frente del computador; todavía no entraba la llamada.

—Hija, me voy a hacer un sánduche. Escuchó que le decía su papá mientras avanzaba lentamente por el corredor con su bastón.

—Yo te lo hago papá. Tú quédate en la pieza por favor, yo te lo llevó allá. Le daba terror verlo caminar por la casa con el bastón, especialmente cuando no había nadie que lo supervisara. Las últimas caídas habían sucedido así.

—Por favor, papá —dijo Lucía.

—Hija, yo puedo.

Lucía se levantó de la silla del computador y le interceptó el paso. Se devolvió un segundo para subir el volumen para, por si llamaba Roberto, poder escucharlo desde la cocina. Acompañó de nuevo a Emilio hasta el cuarto y le ayudó a sentarse en la poltrona. Recogió los platos y se tomó el resto del líquido amarillo que quedaba en el vaso. Puso el canal Animal Planet y se llevó el control lejos, donde no pudiera alcanzarlo. Al pasar por la biblioteca, en dirección a la cocina, se asomó de nuevo al computador. Todavía no había señales de Roberto. Faltaba un cuarto para las diez. Está temprano, alcanzo a hacer la comida, pensó.

Quedaba solo una tajada de jamón, la leche había terminado en el suelo de la cocina, tendría que traer otras dos bolsas. Se había olvidado de pasar al mercado; mañana trataría de ir a la salida del trabajo. También había olvidado reclamar los medicamentos para su papá, pero eso sí tendría que esperar hasta el sábado, se dijo. La vida se había vuelto una cadena de obligaciones y quehaceres y casi todo

giraba alrededor de las necesidades de Emilio. ¿Cómo se le ocurrió volver a vivir en la casa de sus padres?, ¿por qué se dejó convencer y no metió a su papá en un hogar de retiro, como le aconsejaron, como su terapeuta se lo advirtió? Meses antes de irse a hacer el doctorado, Roberto le prometió que mandaría por ella, una vez pudiera solventarse. El tiempo fue pasando y Roberto, no solo terminó el doctorado, también encontró un trabajo allí, en el Instituto de Estudios Políticos de París. Los dos primeros años le estuvo insistiendo para que se fuera, pero siempre se presentaba algo apremiante: la cirugía de platina en el fémur, la masa en el pecho, el marcapasos, después el Parkinson y las nefastas consecuencias en la salud de su padre. Sus dos hermanas le decían que no se atrevían a cuidarlo, que no se sentían capaces y argumentaban una cantidad de excusas vanas. ¿En qué momento se repartió la baraja y ella se llevó la peor carta? ¿O era ese el orden lógico de los acontecimientos? Tal vez para aliviar sus culpas, cada principio de mes le daban algo de dinero. No el suficiente, pero peor era nada, pensaba, y prefería no ahondar en ello, para no indignarse.

El aterrizaje en la certeza de la inminente vejez de su papá iba minando cada día su sueño de reunirse con Roberto en un futuro no muy lejano. Además, con el paso del tiempo y la distancia, los sentimientos por él ya no eran los mismos. El amor que sentía, ahora era circunstancial, aunque ella no encontraba las palabras precisas para describirlo. A ratos creía que su papá se le había vuelto una carga, pero después sentía lástima y se culpaba por pensar en eso. No obstante, a veces la manipulaba, y hasta podía ser cruel. Siempre tenía una tarea para que ella se ocupara, una demanda, una necesidad urgente. Una nueva enfermedad. Las ayudas que llegaban a su casa no le duraban mucho, ninguna aguantaba aquellos trotes. Unos pocos minutos al día, de algunos días, las palabras de Roberto eran como un bálsamo que le aliviaba la situación.



Juliana Domínguez. De la Serie *Edén*. Tinta, acrílico y laminilla de oro sobre papel pergamino perforado. 49 x 34 cm. 2014

Y después pasó el accidente. Un martes en la tarde, de eso ya iban casi dos años, cuando abrió la puerta le sorprendieron unos quejidos que venían desde el balcón. Corrió hacia allí y encontró a su papá en el suelo. Se había tropezado en un muro que separaba la sala del balcón. Según le contó, estaba allí desde las diez de la mañana, cuando fue a alimentar a los pájaros. A su lado estaban los vidrios rotos de un vaso del que estaba tomando, ¿Whisky a las diez de la mañana?, le reprochó, mientras lo incorporaba e intentaba sentarlo de espaldas a la vidriera. De inmediato cogió el teléfono y empezó a llamar a sus familiares para que le ayudaran a levantar a su padre; ese día se percató de lo que pesaba aquel hombre y que, ni haciendo su mejor esfuerzo, podría levantarlo sola, en caso de que se volviera a caer.

Esa noche, las tías y sus dos hermanas le prometieron que pasarían más seguido por la

casa a darle vuelta a Emilio. Por su parte, su papá les juró que no volvería a beber. No, al menos, mientras estuviera solo en la casa. Esa mañana, antes de la cirugía, se tomó su primer trago matinal y entendió por qué le apetecía tanto a su padre. Claro que ella no se iba a andar cayendo por ahí, como él. Todavía estaba muy joven y fuerte, se decía. Roberto se escuchaba preocupado cuando le contó la noticia del accidente aquella vez. Hablaron hasta muy tarde en la noche. Ella no podía parar de llorar porque se sentía culpable: si no se hubiera ido para cine a la salida del trabajo, tal vez hubiera podido evitarle tantas horas de sufrimiento. También se reprochaba porque no lo había llamado en todo el día. La noche anterior pelearon porque él la había acusado de robarle el dinero y ella se sentía indignada. Roberto la consolaba diciéndole que eran cosas de viejo, que seguro su papá ya estaba empezando a presentar síntomas de Alzheimer o de demencia senil. Cada vez que hablaba con Roberto sentía como que se reiniciaba, que podría con todos los obstáculos que le pusiera la vida, solo por saber que él la amaba tanto y que aquel amor tan bonito y profundo valía todos los sacrificios.

Una vez a la semana las familiares se aparecían por el apartamento. Se sentaban en la sala, como a hacer visita. Cada una de ellas le tenía una lista de lo que debía hacer: cómo limpiarle los oídos, cómo ponerle el parche para el dolor de espalda, cómo hacerle la colada; se quejaban de que la casa oliera a orines, de que su papá estuviera en pijama toda la mañana de un domingo, o le reprochaban porque no lo había afeitado en dos días. Mientras las escuchaba, las imaginaba en la tarea de cambiarle el pañal a su papá todas las mañanas. Se divertía pensando que el contacto con la mierda les paralizaba la lengua.

Esa noche comenzó a escuchar unos ruidos en la habitación contigua. Al principio le pareció que su papá abría y cerraba cajones; se giró en

la cama y se volvió a dormir. Una hora después los ruidos no cesaban, ahora sentía como que movían muebles por toda la habitación. Se levantó sobresaltada, tuvo conciencia de que se había quedado dormida esperando la llamada de Roberto. Cuando encendió la luz, encontró a su papá con la cabeza y el torso sobre la mesa de noche y el resto del cuerpo, desvencijado, en el agujero entre la cama y la mesa.

—Auxilio, auxilio, ayúdeme, me quedé atrapado. Otra vez el sueño recurrente: soñaba que estaba atrapado con el carro en una cuneta y que la gente que pasaba no quería socorrerlo.

—Papá, no pasa nada, le dijo esa noche y, a riesgo de lastimarse, intentó sola acomodarlo como pudo en la cama.

—Déjeme, déjeme. Auxilio, auxilio, le gritó, y enseguida llamaron de la portería para pedirle el favor de que calmara a su papá, que no estaba dejando dormir a los vecinos. Cada semana se repetían las quejas; a veces Emilio se pasaba toda la noche en una verborrea interminable en la que llamaba a sus hermanos o a su mamá, solicitaba ayuda porque se había quedado atrapado en la cuneta, o pedía que le trajeran las bestias... que ya se iba para el pueblo. A veces eran días completos con sus noches. No paraba ni cuando le daban la comida o lo llevaban al baño; era un continuo estado de vigilia que acababa cuando se le agotaba la energía y caía dormido durante dos días. El aturdimiento en el que quedaban Lucía y la señora que le ayudaba se manifestaba con dolores en la parte baja de la espalda, agotamiento, y, a veces, irritabilidad.

Vencida, Lucía se sentó en la poltrona y empezó a llorar. Marcó a Roberto, pero no le cogía el teléfono. El último médico que lo vio ya le había diagnosticado la demencia senil. La droga que le recetaban era muy fuerte, pero cada vez le obraba menos. Cuando le daban esos episodios no hallaba la manera de tranquilizarlo.

Sintió verdadera impotencia cuando marcó a las casas de sus familiares y nadie le contestó. Qué raro que nunca aparecían cuando las cosas se ponían difíciles de verdad. Se fue hasta el cajón de la mesa de noche, sacó tres quetiapiñas y fue por un vaso de agua. Una la reservó para ella, las otras se las metió a su papá en la boca y él enseguida las escupió al piso, luego le tiró a dar un manotazo en la cara, le erró. En ese momento apareció Esperanza y le ayudó a recoger las pastillas.

Señora Lucía, vaya mejor a ducharse mientras le preparo el desayuno. Se le va a hacer tarde para llegar al trabajo.

Se fue a su habitación y se recostó en la cama. Una ira reprimida se le despertó otra vez, irrefrenable. ¿Cuánto más podrá durar esto?, ¿cuánto más sería capaz de aguantar?, ¿por qué a ella?, se preguntaba. Sentía el peso como el de una lápida sobre el pecho.

El apartamento estaba ahora en absoluto silencio; de pronto escuchó aquel sonido, y el peso cedió de inmediato. Conocía esa melodía, venía de la biblioteca, se levantó liviana. Por primera vez, en muchos días, caminó erguida por el corredor para llegar hasta el computador. Tuvo que contenerse un poco para no correr a contestar. La pantalla estaba encendida. Sus ojos se posaron en la apacible frente de Roberto, en sus cejas espesas, en su rostro angulado. Mientras lo miraba del otro lado y aún sin poder decir palabra, el fantasma de la ira se fue desapareciendo. Apagó la luz de la biblioteca y se sentó frente a la pantalla esbozando una sonrisa. Le dijo a Roberto que ya regresaba, se fue hasta la cocina y bajó de la alacena la botella de whisky que le traía todas las semanas a su papá del mercado. Se sirvió en un vaso hasta el borde, el hielo que sacó horas antes se había derretido. Cuando volvió, puso el vaso detrás de la pantalla, para que él no lo notara. Eran las seis de la mañana en Colombia, las doce del día en París. No reparó



Juliana Domínguez. De la Serie *Edén*. Tinta, acrílico y laminilla de oro sobre papel pergamino perforado. 49 x 34 cm. 2014

mucho en la cama deshecha que se alcanzaba a ver detrás de la figura de su amado. Tampoco hizo comentario alguno cuando vio pasar al fondo aquella sombra. Se salió del cuadro de la pantalla y se bebió un trago largo. No era la primera vez que veía una de esas cruzar aquella habitación. Lo miró a los ojos con ternura cuando le preguntó: ¿qué te pasa? y le dijo: mi amor, te he extrañado. Su corazón se apaciguó, y en esa encrucijada entre la soledad, la distancia y el azar, de nuevo el dolor se confundió con el amor.

Natalia Maya (Medellín) es máster en Edición de Textos de Santillana-Universidad de Salamanca, España y magister en Hermenéutica Literaria de la Universidad EAFIT. Textos suyos han sido publicados en las revistas *El Malpensante* y *Odradek, el cuento*. Un cuento suyo hace parte de la antología de Juan F. Hincapié, *Puñalada trapera* de Rey Naranjo Editores, con quien publicó su libro *Los otros siempre tienen la razón*.